

Literatura y regionalidad**Amanecer en Norpatagonia**

3

Las historias de vidas abundan en la narrativa patagónica y también en la temática predominante hay una nota común; el impacto del paisaje. Pesan e influyen la cordillera y sus misterios y su imponente, los bosques, los lagos, el mar de playas extensas, bahías sorprendidas y fauna inusual, los valles de los colonos que vinieron desde afuera después de la matanza oficial, y el desierto del sur con un viento poderoso y una imagen aparente de desierto y de flora achaparrada que no son tales cuando se empieza a andar y a descubrirlas.

Hostil o atrapador, el paisaje patagónico marca al hombre de mis tierras y determina la elección de sus armas para sobrevivir, no a él mismo. Lamentablemente todavía ese hombre, especialmente el paisano, y el peón rural, están determinados por un poderío económico, social, político e histórico que lo llevan a asimilarse al paisaje y a mimetizarse con él para defenderse. A costa de diezmarse, de seguirse diezmando de seguirse negando, de emigrar mintiendo los orígenes y callando su cultura y sus voces.

Ese hombre continúa vivo. Absolutamente vivo y en un afortunadamente creciente proceso de autorevalorización. Si alguno de los que dejan la tierra propia para escapar de la miseria y el hambre y el silencio accede a un oficio o a una profesión, ya no es sólo para salvarse a sí mismos o, a lo sumo a los suyos más próximos. Ahora se capacita para movilizarse a los compañeros del exilio, para reavivar los fuegos de la tradición, de la creencia y del mito que, como decíamos antes, están en el alma y en la sangre y en el estómago. Vivos. Andantes y coleantes, tan demasiado ligeros para la tierra y tan demasiado terrestres para el cielo como las duendes de la maravilla de los cuentos populares universales.

Este proceso se está dando en Patagonia donde el indio no está muerto. No alcanzó la ferocidad de Roca para destruir al antiguo señor de la tierra. Ni la política sociocultural-económica de un siglo. Por eso se puede afirmar que está naciendo, en Norpatagonia, una literatura regional que habla de amores entre el sol y la luna, de príncipes que se esconden bajo el rostro de ratas, de reyes con doble corazón, de piedras azules mágicas que dan la inmortalidad, de romeos y julietas cordilleranos que se eternizan en enredaderas rojas cuyos frutos hoy podemos cortar, morder y comer, de canciones de amor y de victoria que siguen siendo vivos, de canciones de fuerza que dan una idea diametralmente opuesta del viento a la que pueda tener cualquier recién llegado.

Entre un gran sector de la población actual de Patagonia (especialmente de los más comprometidos con la realidad) y fundamentalmente (no casualmente) entre los paisanos, se está dando el amanecer hacia la revalorización de sí mismos, hacia ese reconocimiento que lleva al conocimiento y luego al amor, y a la necesidad de darse que hoy mencionaba.

Estamos en crisis de identidad. Por peso histórico, por carga inmigratoria, por excesiva influencia, y acep-

tación de esa influencia, de la actual capital del país o de fuera del país, por olvido premeditado del origen de sectores sociales ahora poderosos y dominantes.

Si vivimos en Norpatagonia una crisis de identidad, ¿Cómo no confundir, limitar o restringir la real acepción del concepto de lo regional? ¿Se puede pretender que el adolescente en general se enorgullezca de hablar como su padre o de cumplir las mismas costumbres que su abuelo?

Los antiguos de la tierra nuestra, ahora con conciencia de estar vivos, ahora reuniéndose entre ellos, han comenzado a encabezar un movimiento hacia la valorización de sí mismos, o sea hacia el crecimiento y la fuerza.

Ya no es más, afortunadamente, el soldado conquistador el único héroe ni el indígena el contrapunto negativo de la historia. Ya no es la cultura indígena algo de ayer que hay que desenterrar y contar en pasado.

Con raíces del norte argentino, del centro del país, de Buenos Aires, de Cuyo, de inmigrantes chilenos y, fundamentalmente italianos y españoles, sin olvidar a ingleses, franceses, suizos, hasta coreanos, laosianos, bolivianos y mexicanos, se ha criado este árbol total con una raíz central mapuche y/o tehuelche. Este mundo de raigambre donde empiezan a pesarse los hechiceros de la tribu para organizar las voces de los pájaros y empezar a consolidar una literatura regional que, costumbrista, biográfica, basada en mitos y creencias urbana o rural, no se permita ser superficial, pintoresquista o coprófaga, sino viva, testimonial, libre, maravillosa y propia.

Tan propia y tan orgullosa de sí misma y de su identidad cultural como aquel huemul Renancó de José Murillo que, al final de muchos combates (exteriores e interiores) fue capaz de decir: "Quiero que mis huesos queden aquí, en esta ladera de felpa verdeguante; quiero que mis huesos se blanqueen al sol y al aire limpio y aguado del invierno".

**JUAN RAUL RITHNER, Escritor
argentino, (de Río Negro)
contemporáneo.**



el duende

SUPLEMENTO DE LA CULTURA ORUREÑA

DIRECTOR: Luis Urquleta Molle
CONSEJO EDITOR: Alberto Guerra Gutiérrez
Edwin Guzmán Ortiz
Benjamín Chávez Camacho
Ernesto Zarzuela C.
COORDINACION: Julia Guadalupe García Ortega

Casilla 448. Telfs. 54655 - 70810

Zona Franca Oruro, con nuestra cultura